



loqueleg

Capítulo 1

En la orilla meridional del río Tyne, donde el agua se ensancha sobre el lodo que acumulan las mareas, se encuentra el municipio de Gateshead.

Dos siluetas, una alta y otra baja, caminaban bordeando el río. Se trataba de dos adolescentes. El alto tal vez fuera dos o tres años mayor, pero el bajo iba adelante. Avanzaba con paso rápido y se movía ágilmente de lado a lado, con los codos hacia fuera, girando la cabeza de forma constante, siempre buscando algo, como un elegante e inquieto zorro urbano. El más alto, que lo seguía a medio paso de distancia, caminaba inclinado hacia delante, con los hombros encorvados y la frente arrugada, como si la cabeza tirara de su cuerpo. Su zancada, casi el doble que la de su compañero, parecía lenta y distraída. Los dos estaban enzarzados en una profunda discusión:

—Nunca volveremos a verlos, viejo, nunca más —suspiró el más alto.

—Ya verás cómo sí —contestó el más bajito.

A pesar de la diferencia de tamaño —uno era robusto y medía más de un metro ochenta, y el otro no más de un

metro y medio—, vestían de igual manera, con pantalones deportivos negros, sudaderas y tenis blancos. Llevaban el pelo corto y engominado, en mechones que sobresalían de la frente como los dientes de un peine. El muchacho más grande vestía también un voluminoso impermeable, como los que utilizan los entrenadores de fútbol y los jugadores cuando están sentados en la banca. Llevaba el cierre hasta arriba, y se encorvaba dentro de él de tal forma que le cubría totalmente la boca y la nariz. Tenía las manos bien hundidas en dos de los múltiples bolsillos. Sólo la parte superior de su cabeza permanecía constantemente a la vista. Si su amigo parecía un zorro hambriento, su aspecto era el de una gran tortuga.

Mientras hablaban, sus voces subían y bajaban en el suave aire veraniego, y complementaban su apariencia. Uno hablaba lenta y pesadamente, mientras que las palabras del otro eran más ágiles y fluidas.

—Vamos, viejo, acéptalo —repetía el más alto y más lento—. Nunca más veremos a los muchachos.

—Que sí, ya lo verás —le contestaba el otro, lacónicamente.

En silencio, siguieron caminando y, separándose del río, ascendieron por una orilla en pendiente sobre la que había árboles recién plantados y basura esparcida. La cara del más alto se ponía más roja con cada paso.

—Basta, Sewell —dijo cortante el más bajito, sin volver la vista hacia su amigo. Sewell dejó escapar un sonido inarticulado e interrogativo—. Estás aguantando la respiración —añadió el pequeño—. Ya basta.

Sewell se desinfló como un globo, y el aire expulsado le hizo retroceder unos pasos.

—Demonios, Gerry —exclamó, volviendo a caminar pesadamente tras su amigo—. Sólo intentaba superar mi propio récord. Cien pasos sin respirar... Y estaba a punto de lograrlo.

Gerry lanzó a Sewell una mirada llena de burla.

Al rato, alcanzaron la cima de la orilla, cruzaron una calle muy transitada y luego siguieron caminando entre las casas.

—Dime, ¿cómo lograremos verlos? —volvió a repetir Sewell—. Seguro que no puedes...

—Es fácil.

—Pero ¿cómo?

Gerry se detuvo un momento y después, como si estuviera saboreando una comida exquisita, pronunció las siguientes palabras: “Abono de temporada”.

—¿Qué?

—Que vamos a conseguir unos abonos de temporada.

Sewell se quedó inmóvil, abriendo y cerrando la boca como si estuviera masticando. Gerry siguió caminando. Sewell miró a su alrededor y, lentamente, sacudió la cabeza.

Las calles y tejados de Gateshead son grises. A menudo, la niebla sube desde el río, tomando a los faroles por sorpresa y convirtiendo los edificios de departamentos en islas de melancolía. El cemento es del color del lodo del río que aflora con la marea alta.

Sewell intentaba alcanzar a Gerry. Sin embargo, al acelerar, su paso se volvía más torpe y su figura se incli-

naba tanto que parecía a punto de derrumbarse y caer de bruces.

—¡Demonios, viejo! —exclamó Sewell, colocándose en su puesto, a medio paso por detrás—. No digas tonterías, Gerry. ¿Cómo vamos a conseguirlos? —preguntó, después de caminar unos metros más—. ¿Piensas que te los van a dar por tu linda cara? —insistió.

Dieron la vuelta en una esquina y pasaron sobre los restos de un parabrisas de coche destrozado, con los vidrios crujiendo bajo sus pisadas. Tras un momento de silencio, Sewell volvió a insistir:

—No los regalan en los servicios sociales —añadió y, concentrándose en sus pensamientos, bajó la cabeza a la misma altura que la de su amigo—. Fíjate, viejo —dijo con una lentitud deliberada—. Si ahorraras todo lo que ganas para comprar un abono de temporada, y dije “todo”, nada de tabaco ni de otros rollos, tardarías seis meses. Medio año, viejo. Y ni siquiera eres desempleado. Todavía vas a la escuela. O se supone. Admítelo, viejo. Nunca conseguiremos ni siquiera uno.

En Gateshead, mucha gente avanza lentamente bajo la lluvia por los terrenos baldíos, hurgando entre ladrillos rotos y escombros. Hombres adultos caminan a solas con bolsas de plástico que se les clavan en las muñecas como si fueran correas de perro, y las mujeres y las chicas charlan en grupos de dos o de tres, mientras alguna de ellas acuna un bebé. Y los jóvenes deambulan de dos en dos, siempre atentos.

—No, Sewell. Vamos a conseguir uno. Uno cada uno.

—Ni de broma, Gerry.

—Escúchame, Sewell, ¿es que no lo entiendes? No podemos permitirnos dudar. Tenemos que conseguir un abono de temporada.

La basura se pudre en los callejones: zapatos, ropa de bebé, carritos rotos, colchones... En Gateshead, todo se pudre bajo la lluvia. Y las paradas de autobuses siempre están llenas de gente cotorreando como loros.

—Le he dado muchas vueltas al coco —insistió Gerry, haciendo una pausa de un segundo sobre un adoquín que sobresalía y saltando con agilidad, como un zorro sobre una pequeña presa en la hierba—. Todo el dinero que consigamos, tu paga, todo lo que consigamos, lo vamos a ahorrar. Lo pondremos todo junto en un bote, en el armario de mi hermana.

—¿De tu hermana? —preguntó Sewell, dando un paso a un lado para evitar chocar.

Gerry se puso en marcha de nuevo.

—Sí. Eso será lo mejor. Bridget nunca ha robado nada en toda su vida.

—Eso es un poco raro, ¿no? —intervino Sewell, recordando el equilibrio y caminando otra vez tras Gerry.

—Sí, un poco raro.

En Gateshead, la gente tiene fuertes ataques de tos que destrozan los pulmones. Incluso en el verano, el aire es húmedo. Pero las puertas siempre están abiertas. Y en las calles hablan con los fuereños, compartiendo con ellos el tiempo o un cigarrillo.

—Estamos en junio —dijo Gerry—. Cuando comience la temporada, tendremos bastante ahorrado.

En Gateshead, la gente sueña, y sus sueños se arremolinan como la basura en la maleza; después viene el viento y se los lleva, haciéndolos volar en espirales sobre las casas y las carreteras.

Durante un rato, Gerry y Sewell continuaron en silencio. Pasaron por detrás de la fábrica Spartan Redheugh, por las canchas de fútbol del salón de Superpitz, hurgaron en los terrenos baldíos donde acampan los indigentes de vez en cuando, vadearon el río Team, pequeño afluente del Tyne, y cruzaron la autopista para llegar a Dunston. Después, comenzaron a subir por la orilla de Dunston hacia la próspera zona de Whickham. Bajo ellos, el Tyne lanzaba los reflejos rojos de la puesta de sol. Cuanto más subían, más alcanzaba su vista. Vieron la torre Dunston, el edificio más alto de Gateshead, que parecía un cohete a punto de despegar. Vieron el Metro, el centro comercial y de entretenimiento más grande de Europa. Vieron kilómetros y kilómetros de tejados y ventanas. Y al otro lado del río, elevándose de forma reverencial como un vigilante sobre la ciudad, pudieron ver el St. James' Park, el estadio del Newcastle United.

—El campo de los sueños —suspiró Gerry.

Se detuvieron para contemplarlo antes de continuar.

—¿Comenzamos esta noche? —preguntó Sewell, su- dando por el esfuerzo.

—Lo que consigamos esta noche va derecho al bote —contestó Gerry.

Detrás de Whickham se encuentran unos terrenos que rodean un desfiladero arbolado conocido como bosque Washingwell. Gerry y Sewell esperaron allí, caminando

un poco, sentándose en los troncos, fumando cigarrillos. El bosque Washingwell forma parte de la reserva de Great North, una amplia extensión que los ayuntamientos de la zona han intentado reforestar con árboles y praderas interconectadas entre sí, donde antes había minas de carbón y líneas de ferrocarril. En medio de esta zona en proceso de regeneración, sobre un montículo desde el que se domina toda el área, como un gigante atento, se encuentra el Ángel del Norte. Esta enorme estatua, con el oxidado cuerpo del color de un atardecer y que se puede ver a kilómetros de distancia, abre sus brazos sobre la reserva de Great North y sobre Gateshead, como si los protegiera. Gerry lo observó con cariño.

—Todo saldrá bien —le dijo a Sewell—. El Ángel nos protege.

—¿Qué? —exclamó Sewell.

—¿No lo sabías? Es el ángel guardián de los ladrones. Es como nuestro símbolo, ¿no?

—Ladrones —repitió Sewell—. Eso es lo que somos. Robamos sin que nos den permiso.

Lentamente comenzó a oscurecer, y cuando se encendió el alumbrado público, Gateshead se cubrió de un halo neblinoso.

—Un último cigarrillo —decidió Gerry.

—Tengo un bote —dijo Sewell, rebuscándose en los bolsillos.

—Pásamelo —le pidió Gerry.

Sewell sacó un bote de gas y lo colocó en la mano extendida de Gerry. Flexionando el brazo, éste lo lanzó con todas sus fuerzas, golpeando el suelo más allá de su vista.

—¿Pero qué haces, viejo? —protestó Sewell, poniéndose de pie.

Gerry hizo que se volviera a sentar con un gesto.

—Nada de eso —exclamó—. Nada de inhalar, nada de fumar marihuana, nada de nada. A partir de ahora, dejamos todo eso hasta que podamos conseguir nuestros abonos de temporada.

El humo azulado del cigarrillo se elevó en el suave aire nocturno.

—Va a ser bien difícil —dijo Gerry, mientras echaba el humo.

Gerry comenzó a hacer aros de humo, y Sewell observó cómo se elevaban hacia las alturas hasta que desaparecieron en el creciente ocaso.

—Imagínatelo —dijo Gerry, con aire soñador—. Cada dos semanas podremos ir y ver el partido. Me lo puedo imaginar. Tal vez algún bobo nos pregunte el sábado por la mañana: “¿A dónde van hoy, amigos?”. Y le diremos: “Al partido”. Y él dirá: “No van a poder entrar”. “¿Por qué no?”, le preguntaremos. “Ya no se puede colar nadie”, nos responderá con una sonrisita estúpida. “¿De verdad?”, le diremos. “¿Pero sabes lo que pasa? Que tenemos abonos de temporada”. ¿Qué te parece, Sewell? Esto es algo que vale la pena. Todo el invierno, viejo. Imagínate cuando estemos en el estadio. Nadie nos podrá perseguir ni decirnos que nos vayamos, porque los asientos serán nuestros. De nadie más. Sólo nuestros.

—Será fenomenal.

—No puedo esperar a que eso suceda, viejo. Ya puedo verlo. Nos compraremos una gran taza de té cada uno y

nos las llevaremos a nuestros asientos. Con dos terrones de azúcar y leche, si quieres. Después, nos sentaremos cómodamente, mientras bebemos el té y vemos el partido.

—¿Té?

—Con leche y azúcar. Un lujo, ¿eh?

—¿Y cigarrillos? —preguntó Sewell, tomando el cigarrillo de Gerry e intentando también formar aros de humo—. ¿Nos echaremos un cigarrito con el té?

—Sí; igual encendemos uno en el descanso y estiramos las piernas, o igual no fumamos nada, o igual nos fumamos uno detrás de otro. ¿Y sabes qué?

—¿Qué?

—Nadie nos podrá decir nada, porque los asientos serán nuestros, solamente nuestros.

—No puedo esperar, Gerry.

—Suenan genial.

—Totalmente.

Sewell dio una última calada al cigarrillo y se lo pasó a Gerry.

—No —dijo éste—. Apágalo y ponte la gorra. Es hora de moverse.

Se colocaron las gorras negras de fútbol del Newcastle United; se las bajaron tanto sobre la frente que apenas se podían reconocer sus rasgos, y se pusieron en marcha hacia Whickham. Las calles eran anchas y estaban flanqueadas por árboles. Las aceras eran altas. Una franja de césped bien cuidado se extendía en paralelo a la calzada. Un perro ladró en algún lugar distante. Los *pubs* por los que pasaban parecían tranquilos y desangelados. Una solitaria sirena de policía se abrió paso descendiendo por la orilla de Dunston.

—Eso significa una patrulla menos —dijo Gerry.

Continuaron caminando. Las calles eran más oscuras ahora, había menos faroles y estaban situados a mayor distancia. Se acercaron a un callejón sin salida. Sewell comenzó a tararear al ritmo de sus pisadas cada vez más rápidas.

—Cállate, viejo —exclamó Gerry—. Ya te he dicho que no canturrees... ¿Qué te pasa?

—No puedo evitarlo —admitió Sewell, encogiéndose de hombros—. Cuando empiezo a trabajar, me sale solo.

—Pero siempre es la misma canción. Siempre es *The Blaydon Races*, viejo.

—Ya lo sé. Me encanta esa canción.

—Bueno, pues que te encante después. Vamos...

El callejón estaba formado por cinco o seis casas, unas enfrente de otras. Grandes casas con jardín delantero y posterior. En Dunston y en Teams no eran como éstas. Eran las típicas casas donde vivían los profesores. Dieron un par de vueltas al callejón.

—¿No vive por aquí el profesor Caird? —susurró Sewell.

—Quizá —contestó Gerry—. No estoy muy seguro.

—¿Todavía da clases en el St. Jude?

—Sí. La última vez que estuve por allí, ahí estaba.

—¿Siempre gritando y lavándote el cerebro?

—Seguía igual.

—Me expulsaron —susurró Sewell.

—Ya lo sé.

—Por gritarle también.

—Y por todo lo demás, viejo —se rio Gerry—. ¡Mierda! —susurró de repente—. No mires ahora, pero una vieja chismosa nos vigila desde esa casa.

—¡Ah! Sí. La veo.

—Te dije que no voltearas. Anda, vamos a darnos otra vuelta y hacemos como que nos largamos. Intenta parecer natural, como si estuviéramos paseando al perro.

Dieron la vuelta en el callejón e hicieron como que se alejaban. Tan pronto como estuvieron fuera del alcance del rostro vigilante, Gerry se escondió entre unos arbustos y Sewell lo siguió, aplastando las ramas.

—¡Sewell!

—Lo siento, viejo.

—Te dije que caminaras de forma natural, y parece que estás actuando para la serie *Crimen en directo* —dijo Gerry—. ¿Por qué diablos mueves la mano y el brazo así?

—Me dijiste que hiciera como si estuviera paseando al perro... Pero ¿cómo se puede hacer eso sin un perro? La gente pensaría que estoy loco.

En ese momento se escucharon voces. La puerta de una de las casas se cerró con fuerza.

—Siempre he querido tener un perro —susurró Sewell.

—Agáchate —ordenó Gerry, jalándolo hacia el suelo.

En la calle, las voces se fueron apagando; se oyó otra puerta abrirse y cerrarse. Un gato negro apareció por detrás de los arbustos y acarició la mejilla de Sewell con la cabeza. Con unas risitas, éste lo acarició. El animal se levantó y, frotándose contra él, comenzó a ronronear.

—Igualito que un perro, ¿eh? —sonrió Sewell—. Este gato puede servir de perro, Gerry.

—¿Qué?

—Sí, ese perro que querías pasear.

Gerry sacudió la cabeza compasivamente:

—Vamos, viejo.

Abandonaron los arbustos y volvieron a rodear el callejón sin salida.

—Ésa es —susurró Gerry, deteniéndose ante una casa sin luces—. Dejaron una ventana abierta. Anda, vamos a tocar el timbre.

—¿Qué inventaremos esta vez?

Gerry frunció el ceño.

—Viejo, yo me ocupo del rollo. Si abren la puerta, yo me encargo de hablar.

—Pero ¿qué vamos a decir? ¿Vamos a volver a pedir dinero para una asociación de ciegos?

—Que no se te ocurra quedarte detrás y echarte a reír. El timbre de la puerta sonó, y nadie respondió.

—Quizá hayan salido sólo un minuto —dijo Sewell.

—Vamos a esperar y lo comprobamos.

Volvieron a dar la vuelta al callejón sin salida.

—Vueltas y más vueltas. Ya me estoy mareando —exclamó Sewell—. Anda, no hay nadie adentro, vamos a trabajar.

El gato negro apareció de nuevo, y Sewell lo agarró para apartarlo suavemente de su camino.

—Tú y el gato —dijo Gerry—. Bueno, ya lo pensé todo. Escucha: entramos y tomamos lo que podamos, salimos por la parte de atrás, por el jardín, y saltamos la valla. Detrás de ésta se encuentra el arroyo que lleva hasta el bosque de Washingwell. Aunque nos persigan, podremos despistarlos en el bosque. ¿De acuerdo? Si nos tuviéramos que separar, nos reunimos en el sitio donde el año pasado encendimos una fogata. Ya sabes dónde.